

Federico Gamboa y la educación formal: del olvido al diseño de una ruta de formación*

Federico Gamboa and
Formal Education: From Silence to
a Reconstruction of his Formative Years

Julián Vázquez Robles

*Instituto de Filosofía,
Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CCHS),
del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC),
Madrid, España
julian_varo@hotmail.com*

Resumen

Las autobiografías son fuentes básicas para el conocimiento de los procesos formativos de los individuos y las colectividades. El escritor mexicano Federico Gamboa publicó en 1893 uno de estos ejercicios autorreflexivos bajo el título de *Impresiones y recuerdos*. Llama la atención que en todo el documento hay sólo una escueta línea que hace referencia a su paso por la escuela. Si bien los procesos formativos no se limitan a los ambientes escolares, ni se agotan en los aprendizajes adquiridos en éstos, este artículo busca reconstruir esta etapa, a través de una diversidad de fuentes, para comprender mejor los propósitos de quien narra y conocer las estrategias narrativas que utilizó el autor para construir su discurso.

Palabras clave: Federico Gamboa, formación, autobiografía, papeles personales.

Abstract

Autobiographies are privileged sources to study the formative years of individuals and collectivities. In 1893 the Mexican writer Federico Gamboa published one such self-reflexive exercise entitled Impressions and Memories. It is noteworthy that throughout the text there is only a brief sentence on his time at school. Individuals' experiences during their formative years are clearly not limited to

* Este artículo es producto de la tesis de doctorado titulada "Federico Gamboa: análisis de una formación (1878-1892)", que desarrollé en el DUE-Cinvestav de 2010 a 2013, bajo la dirección de la Dra. Susana Quintanilla. La beca nacional del Programa Nacional de Posgrados de Calidad del Conacyt fue la principal fuente de financiamiento.

formal education, or the knowledge acquired in such settings, yet this article seeks to reconstruct Gamboa's formal education using a variety of sources, in order to better understand the author's objectives as narrator, and to appreciate his narrative strategies.

Keywords: *Federico Gamboa, formative years, autobiography, personal papers.*

Don Federico

Federico Gamboa (1864–1939) fue un escritor y diplomático mexicano que llegó a ocupar un prominente puesto dentro de los gustos de la clase media porfiriana, así como entre sus contemporáneos, y no sólo por haber escrito *Santa* (1903), el primer *long seller* de la literatura mexicana —como lo llamó José Emilio Pacheco (1995a: xvi)—, sino por su carácter de escritor solitario y moderno, así como por la defensa que hizo del oficio de escribir y de su importancia para la vida social de México.

Este hombre de letras, que aún hoy sobrevuela el fantasma del naturalismo, además de novelas y obras de teatro,¹ legó una serie de textos autorreferenciales que nos permiten estudiar y conocer las instantáneas históricas y personales que cubren más de sesenta años de la vida de un individuo y, por qué no, de un país.

La primera incursión de Gamboa en el género memorialista fue en 1893 (a los 28 años de edad), con su autobiografía *Impresiones y recuerdos*.² Continuó su labor con cinco diarios publicados en vida (1908, 1910, 1920, 1934 y 1938), a los que se agregarían dos más (1995b/1996). Estos textos, si bien diferentes por su origen y finalidad, abarcan diversos aspectos de la vida de Gamboa, especialmente de 1878 a 1939; es decir, todo un recorrido por la existencia de un escritor, testigo y actor ciudadano, gozoso adherente a la imagen de don Porfirio, que en buena parte de ese tramo cultivó aquello que Vicente Quirarte definió como “esa otra forma de

¹ Su primera novela corta, *Del Natural*, apareció en 1889, años más tarde publicó su primera novela larga *Apariencias* (1892); continuando con *Suprema ley* (1896); *Metamorfosis* (1899); *Santa* (1903); *Reconquista* (1908) y *La llaga* (1913) para cerrar con otra novela corta, *El evangelista* (1922). Para el teatro escribió *La última campaña* (1894), *Diversirse* (1894), *La venganza de la gleba* (1905), *A buena cuenta* (1914) y *Entre hermanos* (1928). Las fechas corresponden a su estreno.

² Conozco tres ediciones de la obra. La de 1893, en Buenos Aires, Arnoldo Moen editor; que tuvo una primera reimpresión en 1922, con quien sería su editor por muchos años en México, Eusebio Gómez de la Puente. La segunda es de 1994, México, como parte de una serie llamada *Memorias mexicanas* que editó el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), con nota preliminar de José Emilio Pacheco. La tercera aparece dentro de una antología intitulada *Todos somos iguales frente a las tentaciones*, editada en 2012 en México, para la colección Biblioteca Americana, serie Viajes al siglo XIX, del Fondo de Cultura Económica (FCE), en coedición con la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Fundación para las Letras Mexicanas. A la fecha de este artículo (2014), he localizado en los portales electrónicos de Amazon, Forgottenbooks, como el de Barnes and Noble, dos ediciones en papel de *Impresiones y recuerdos*, de 2010 y 2013, y una reimpresión de 2013 (electrónica), por las editoriales BiblioBazaar (Nabu Press), Hard Press Editions y Hong Kong: Forgotten Books, respectivamente.

heroísmo llamada servicio público” (Quirarte, 2011: 159) en el Ministerio de Relaciones Exteriores, y que a pesar de exilios y famas, cruzó con los dos pies los siglos XIX y XX.

Si bien la autobiografía y los diarios forman parte del grupo denominado “papeles personales”, entre éstos existen diferencias. Básicamente, la autobiografía es un relato en el cual la identidad del narrador y la del protagonista es la misma, con un carácter marcadamente íntimo. Habla del desarrollo de un sujeto desde los terrenos personales. Lo que se narra está circunscrito a todo lo que le sucedió al autor, y no a las cosas que sucedían en el mundo. Además, las experiencias y sucesos que son relatados en una autobiografía pasan por una dimensión temporal retrospectiva.³

El acto de construir un discurso para explicarle al otro la forma en cómo se llegó a ser lo que se es (o se pretende ser) es un asunto con historia propia. Georges Gusdorf (1956) es considerado el iniciador de los estudios sobre la escritura autobiográfica. Roy Pascal (1960) señala las *Confesiones* de San Agustín (397-398 d.C.) como el punto de partida de la autobiografía, con lo que nos recuerda la exigencia cristiana de la confesión de los pecados, así como el autoexamen. Philippe Lejeune (1975) es quizás el investigador más nombrado cuando se habla de autobiografías y las múltiples posibilidades de estudio (histórico, íntimo o psicológico).⁴ Paul De Man (1979) y su aportación en cuanto a la prosopopeya (conferir una máscara, dar un rostro), como el tropo que rige toda autobiografía, forma parte de los muchos nombres que hasta la fecha de este artículo continúan explorando entre los seductores papeles personales.

Para la historia de la educación, los textos de carácter autorreferencial pueden ayudar, en tanto guía o complemento, cuando se busca estudiar el proceso de formación de una persona. Como lo señala Jorge Larrosa, “este tipo de textos [serían] un buen ejemplo [...] de lo que podrían ser las formas tradicionales de transmisión de ese saber de experiencia que tiene que ver con lo que somos, con nuestra formación y nuestra trans-formación” (Larrosa, 2003: 37).

Cierto es que los egodocumentos dicen mucho de quien los escribe, pero también dicen mucho de cómo se concebía, por ejemplo, la historia (figuras heroicas, patria, libertad), la literatura (lo costumbrista, lo romántico) o dónde y cómo se educaba la gente (calle, escuela, familia, religión). Susana Quintanilla dice al respecto: “Este viaje por las genealogías, la

³ A diferencia de la autobiografía, los diarios de Federico Gamboa registran una serie de sucesos sobre asuntos tan variados como disímbolos, y cuyas oscilaciones danzaban hacia lo cotidiano, pasando por las noticias que él consideró debían ser contadas, así como de las lecturas que hizo o las ideas que tenía sobre cuestiones como la raza, la democracia o el voto popular. El registro va acompañado por comentarios usualmente cortos, en muchos casos al mejor estilo telegráfico (hoy se diría que en 140 caracteres en referencia a la extensión máxima de una contribución a la red social twitter), ordenados de acuerdo con la fecha a destacar.

⁴ La definición de Lejeune señala que la autobiografía es el “relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad”.

rutina familiar, la infancia, los salones de clase, el ambiente estudiantil y la bohemia citadina de finales del siglo XIX y principios del XX adquiere sentido en tanto permite adentrarnos en la vida social de aquella época” (1991: 89). Esta vida social, con todo lo que implica, parece un tejido hecho de una sola pieza, pero al observarla con detenimiento, aparece más de una puntada en su armado.

Por otra parte, Sylvia Molloy explica: “la autobiografía no depende de los sucesos sino de la articulación de esos sucesos, almacenados en la memoria y reproducidos mediante el recuerdo y su verbalización” (Molloy, 2001: 16). Esta articulación pasa necesariamente por la selección de algunos de los sucesos, así como por la omisión (o censura) de otros, sin olvidar que “el recuerdo no es una función individual, sino una construcción colectiva” (Braunstein, 2010: 24), pero en todo caso la construcción del discurso busca decirle al lector: “así llegué a ser quien soy” y “así fue como sucedió”. En palabras de José María Pozuelos: “quien dice yo narra su vida pasada [...] como la *verdad* y construye un discurso autenticador, el autobiográfico, que pretende sea leído como la verdadera imagen que de sí mismo testimonia el sujeto, su autor” (Pozuelos, 2006: 24). En resumen, la articulación de los sucesos, que en su conjunto dan forma a ese discurso que valida el mensaje, son las llamadas estrategias narrativas que un autor utiliza al momento de reconstruir sus experiencias pasadas.

Impresiones y recuerdos sirvió a Gamboa como tarjeta de presentación, y de excusa al mismo tiempo. A lo largo de los diecisiete capítulos que conforman la obra, que pueden leerse por separado, gracias a su andamiaje al estilo de un conjunto de cuentos, el autor y protagonista narra las experiencias de un joven ciudadano de clase media entre los catorce y los veintiocho años de edad. La narración fue hilvanada para darle a entender al lector que el destino del joven Gamboa era directa e inevitablemente el mundo de las letras.

Cuando Gamboa entregó a la imprenta su autobiografía (1893), ya tenía en su haber dos novelas: una corta, *Del Natural* (1889) y una larga, *Apariencias* (1892), y un pasado reciente en el periodismo, principalmente en el ejercicio de la crónica con su columna “Desde mi mesa”, que firmó en un principio con seudónimo (La Cocardière), y después con su nombre. Era huérfano de padre y madre, a los 25 años (1889) era afecto a la vida nocturna y a las mujeres, al mismo tiempo que cargaba con un nombramiento como miembro extranjero de la Academia correspondiente de la Real Española.

De acuerdo con los datos del primer diario de Gamboa (*Mi Diario I*, 1908), la referida autobiografía fue redactada en menos de ocho meses, del 29 de septiembre de 1892 al 17 de abril de 1893. El texto fue escrito de un tirón y publicado “en caliente” (junio de ese año).⁵ Según lo registró el autor el 12 de noviembre de 1892, esto fue posible porque era “como si

⁵ Durante ese tiempo, Gamboa vivió en Buenos Aires, Argentina, por su cargo de primer secretario en la legación mexicana, y aprovechó ese espacio para establecer contacto directo y activo con muchos intelectuales del Ateneo argentino. Desafortunadamente, ese ritmo de tertulias, debates y lecturas, terminaron casi a la par que la redacción de

mi memoria, en una entrevista con el corazón, le haya hecho sus confidencias y contándole una porción de cosas que yo creía olvidadas” (Gamboa, 1908: 67).

Gamboa advirtió que *Impresiones y recuerdos* podía “asustar críticos impotentes y lectores hipócritas” (1908: 101), porque contenía “la historia íntima de todo aquel que ha vivido algo y sufrido mucho” (1908: 67). Si bien esta advertencia se asocia al carácter ególatra de todo documento autorreferencial, habla también de la intención del autor de hacer pública su vida, en el entendido de que había personas a quienes les podía interesar conocer “al hombre detrás del nombre” (Gamboa, 1994: XI). A estos se aunaba el deseo de destacar —si así se puede llamar al afán de aparecer dentro del pequeño círculo de los hombres de letras— con un anuncio que cimbrara lo suficiente como para garantizar, al menos, un reflector encima.

Grosso modo se dirá que Gamboa construyó su autobiografía para revelar tres cosas: que se formó en la calle, principalmente en el mundo del periodismo y del teatro; que, dado su temperamento tropical, fue víctima y victimario de la pasión, y todo aquello que se desataba entre un varón y una hembra y, por último, que lo que vivió en las calles, prostíbulos, bailes, salas de redacción, igual que en los entretelones de un teatro y en más de un colchón con una fémina, fueron parte de un camino que lo llevó a convertirse en un hombre de letras.

El autor se preocupó por dejar plasmado en su autobiografía aquello que él consideró sus ilusiones y sus desengaños (los primeros con bandera azul y los segundo enlutados, según el autor (Gamboa, 1908: 70). ¿Y en qué categoría entraban los recuerdos de su vida estudiantil? De acuerdo con su pluma: “La escuela y un humilde empleo se disputaban mi tiempo y destruían, cada cual a su manera, mis ideas acerca del mundo y sus pobladores” (Gamboa, 1893: 57–58) (las cursivas son mías).

¿Cuáles eran esas ideas, tanto del mundo como de sus habitantes? ¿La escuela enfrentaba a Gamboa al supuesto futuro que como varón “debía” seguir: ser empleado, aburrido, casado, lleno de rutinas, hijos y gastos como su personaje Julio Ortegale de *Suprema Ley* (1896)? ¿De qué manera la escuela destruía sus ideales de juventud?

No pongo en tela de juicio que parte de la formación de una persona suceda en la escuela, con sus espacios, reglas de convivencia, tanto las escritas como las no dichas, en esas rutinas que involucran ritos y mitos. Pero desde la estrategia narrativa de Gamboa, y en su propia búsqueda de una geografía identitaria, decidió concederle un espacio pírrico, al grado de convertirla en una anécdota satelital. La escuela aparece como una especie de *impasse* que amenazaba su futuro como hombre de letras, que detenía su ímpetu de continuar descubriendo los secretos de la carne femenina y los laberintos que nacían en las alcobas de las mujeres que él bautizó como las “horizontales”.

Impresiones y recuerdos, pues el gobierno mexicano decidió (por asesoría de Matías Romero) suprimir la legación mexicana en aquel país y cesar al incipiente literato.

La escuela y el empleo de escribiente (dos años en un juzgado de lo civil y dos más en uno de lo penal) no tendrán cabida más que en esa escueta afirmación, que suena a advertencia para el lector. Pareciera como si, de haber continuado por ese camino, el autor no habría llegado ni a la diplomacia, ni al mundo de las letras. O quizá los ritos escolares fueron una carga demasiado pesada para el joven huérfano que deseaba reconocimientos más expeditos y fronteras más transparentes para recorrer otros caminos a sus anchas.

Siguiendo la ruta que Gamboa planteó desde su autobiografía, entendiendo a este texto como el resultado de un proceso en el que, al volver a contar una historia, se mezclan varios ingredientes: lo que se cree recordar, lo que se olvida y lo que dicen los demás de nosotros, y en el afán de comprender un poco más del proceso de formación de las élites intelectuales en el porfiriato, busqué recuperar algunas de las omisiones de Gamboa, porque, como señaló Virginia Woolf, si hay espacios en blanco, es "señal de que el espacio está repleto" (Woolf, 2003: 174). Para ello, además de los citados diarios, hurgué entre la obra narrativa de Gamboa (básicamente sus novelas), las notas periodísticas de la época, las memorias de sus contemporáneos, los estudios sobre su persona y obra, así como en los archivos en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE), de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Los olvidos selectivos

Es imposible recordarlo todo. La incapacidad de cualquier sujeto de incluir en una narración el detalle de todo lo que le sucedió en la vida, va más allá de los asuntos de la buena o la mala memoria.⁶ Como señala Néstor Braunstein: "A nadie le cabe el privilegio de mantenerse siendo el mismo a lo largo del tiempo, nadie podría exponer plenamente al yo y sus circunstancias. La memoria está desgarrada por lo imposible de recordar, por lo que fue consciente y sabido en su momento, pero no pudo ser asimilado por el sujeto y quedó separado en la urdimbre del tejido (texto) de sus evocaciones" (Braunstein, 2010: 13).

Quien se decide a relatar cómo llegó a ser quien es (o quien quiere o pretende ser), debe seleccionar las experiencias que considere más significativas o explicativas, es decir, aquellas que le ayuden y apoyen en su tarea de presentarse o, en muchos casos, disculparse. Igualmente, desechará u omitirá las que estorben o no tengan cabida en el relato (organizado) de su vida. Braunstein lo resume así: "somos lo que recordamos (pero) somos también eso que olvidamos" (2010: 26).

⁶ Para fines prácticos, y de acuerdo con Néstor Braunstein, se puede definir la memoria como la "capacidad de conservar la conciencia de algo que fue y ya no es bajo la forma de un recuerdo, como afirmación de un cierto saber sobre algo vivido, visto u oído en el pasado" (Braunstein, 2010: 15).

Evitar hablar de algo o prescindir de su registro, no es una plácida laguna dentro de eso que nombramos memoria, sino una selección, un acto que implica decisión, sobre todo cuando ello entorpecería la narrativa o desviar la atención del objetivo (consciente o no) planteado por el autor. Por ejemplo, en su autobiografía, Gamboa comienza su historia a partir de sus catorce años y la lleva de forma cronológica hacia adelante, hasta los veintiocho años. Esta forma de narrar obliga a pensar que la infancia del autor o no le resultó indispensable para contar su historia, o los recuerdos eran demasiado dolorosos e incómodos para traerlos de vuelta al papel.

Gamboa evita tres elementos en su autobiografía: su infancia y entorno familiar, sus padres y su paso por los ambientes formales de la educación. Reconstruir esos aspectos permite complementar el rompecabezas, darle sentido a muchas de las acciones de la persona, conocer el entorno social, político y cultural de la época, así como entender más sobre las estrategias narrativas del autor. Como propone Susana Quintanilla, dentro de las veredas para transitar el asunto de la formación, "un camino posible es el de la reconstrucción histórica de sus orígenes, primeras experiencias y aprendizajes, así como el estudio de las escuelas por las que pasaron" (Quintanilla, 1991: 89). Para comenzar dicha reconstrucción, cedo la palabra a Federico Gamboa:

Señor Ministro de Justicia é Instrucción Pública:

Federico Gamboa ante U. y como mejor proceda respetuosamente digo: que como consta del certificado que en una foja debidamente acompaño he hecho los estudios preparatorios necesarios para la carrera de Notario, con excepción de Geografía.

A reserva de presentar examen de esta materia á la mayor posible brevedad ocurra ante la benevolencia de U. y notoria rectitud rogándole se sirva dictar, conforme á las disposiciones de la materia, las órdenes necesarias para que en la Escuela Especial de Jurisprudencia se me conceda examen de primer año profesional de la carrera indicada, cuyo acto no pude sustentar en el último periodo ordinario porque durante él mi familia residió fuera de esta Capital.

Siendo mi petición arreglada á derecho

A U. suplico la provea de conformidad lo que recibiré como gracia muy señalada.
México, diciembre 18 de 1882

Federico Gamboa (rúbrica).⁷

Esta carta, fechada cuatro días antes de que Gamboa cumpliera 18 años, fue escrita (aparentemente) de su puño y letra, y firmada por él, a fin de solicitar una excepción para

⁷ IISUE, UNAM, 15846, Distrito Federal, México, colección Escuela Nacional Preparatoria y Escuela Nacional de Jurisprudencia, Expediente Alumnos.

presentar exámenes de primer año en la carrera de notario.⁸ Este tipo de escritos, aunque pudiesen parecer periféricos o poco relevantes, especialmente cuando se habla de la vida y obra de un escritor, son útiles para desentrañar los estilos en la comunicación, las formas de sociabilización y los rituales escolares de la época.⁹

Lo primero que llama la atención es el estilo de la solicitud: sobrio y, diríase, preciso. Pareciera como si el fantasma del hermano mayor de Federico, José María, ya abogado para esas fechas y profesor de la Escuela Nacional Preparatoria (ENP), rondara por ahí. También el padre, Manuel Gamboa, militar e ingeniero, podía tener parte en el asunto. Lo cierto es que la carta exhibe a un joven formal que conoce de las solemnidades burocráticas para solicitar ayuda. También deja ver que sabe de las reglas de convivencia y cortesía hacia sus mayores. En síntesis, un joven de clase media, atento a la retórica del momento y dispuesto a utilizarla a su favor. De su lectura se infiere que Gamboa había tenido una preparación anterior en materia de educación formal y que contaba con el apoyo familiar para los asuntos relativos a la formación académica.

Si bien dentro de todos los textos autorreflexivos de Gamboa hay sesgos, pinceladas apenas, de su vida escolar, al espigar entre las anotaciones es reunir algunas de las piezas. Por ejemplo, sabemos que Gamboa cursó los primeros años de estudio en la escuela “Amiga” de doña Hortensia Seguí, viuda de Oviedo. Así se lee en la entrada correspondiente al 7 de marzo de 1909: “En aquellas visitas postrimeras (a casa de José María Vigil), dos o tres a lo sumo, supe de labios de su hija María —viuda del cultísimo abogado Maximiliano Baz y mi condiscípula de niñez en la “Amiga” de la señora doña Hortensia Seguí de Oviedo—” (Gamboa, 1938: 15).

Las escuelas “Amigas”, ubicadas en casas de particulares, eran en su mayoría atendidas por mujeres “respetables” en el ámbito social, quienes se encargaban de proporcionar algunos rudimentos de religión, para aprender a contar y a veces de lectura y escritura, o tan sólo las señaladas en esa época como habilidades “propias del sexo” (las relativas a la costura y el bordado, impartidos exclusivamente a las mujeres).

⁸ En la respuesta de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, se alude a los exámenes del tercer año, y en la lista de firmas de inscripción de alumnos aparece la de Gamboa en 1882 (enero) para el tercer año de notario, y no en la de primero.

⁹ La carta trascrita, de una sola cuartilla, forma parte de los pocos documentos que encontré en el archivo histórico del IISUE, UNAM, dentro del expediente de alumnos que asistieron a la Escuela Nacional Preparatoria (en adelante ENP), así como de la de la Escuela Nacional de Jurisprudencia (en adelante ENJ). Existen dos folders bajo el nombre de Federico Gamboa. En uno de los cuales se encuentra el certificado que ampara haber cubierto los estudios preparatorios necesarios para la carrera de notario, con excepción de geografía. Otro escrito es la carta autógrafa mencionada, así como la respuesta a un oficio de parte de la ENJ. En el otro folder aparece únicamente la respuesta de Joaquín Baranda, secretario de Estado y del Despacho de Justicia e Instrucción Pública, en la cual concede el permiso correspondiente.

Gamboa pasó también por el colegio de don Guillermo Rode, donde fue compañero del músico Gustavo E. Campa (Gamboa, 1996: 309), con quien se reencontraría años más tarde en la ENP. Otra escuela pisada por Gamboa fue el Instituto Anglo-Franco-Mexicano, donde tuvo entre sus compañeros al escritor y cronista Ángel de Campo, "Micrós". El Instituto fue fundado en 1876 por su director Emilio G. Baz. Gamboa fue inscrito en calidad de interno por su padre, Manuel Gamboa, quien, enojado por las correrías de su hijo en Nueva York, le comunicó el mensaje siguiente: "Pasado mañana te vuelves solo á México, en el "City of Alejandria". Aquí tienes tu pasaje. No vas á vivir con ninguno de tus hermanos; vas de interno al colegio del señor Baz!" (Gamboa, 1893: 53).

Se sabe, principalmente por los diarios de Gamboa, que de trece hijos del matrimonio Gamboa-Iglesias, sólo habían sobrevivido cuatro, siendo nuestro autor el más pequeño de ellos. Virginia Gamboa, catorce años más grande que Federico, estaba casada y con hijos (seis en esas fechas); José María Gamboa, ocho años mayor que el escritor, igualmente estaba casado y con hijos (dos para ese entonces). Soledad Gamboa se quedó a vivir con su padre, don Manuel, en Nueva York.

La relación familiar fue estrecha y cotidiana. En diversas anotaciones de sus diarios es común encontrar la presencia de sus hermanas y hermano —quien le ayudaría mucho en su carrera dentro de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE)—, siempre en el tenor de una familia que compartía rituales (casamientos, nacimientos, entre otros) y espacios, estos últimos especialmente frente a una caída económica o por enfermedad, e incluso, para el caso de Federico, por los descalabros amorosos o financieros derivados de su afición por el bacará (que dejará después de un sonado escándalo en 1901 y que casi le cuesta el empleo en la SRE). Gamboa cuidó de su hermana Soledad, tanto económica como afectivamente, cuando ella quedó viuda en 1899.

Su ingreso al Instituto Baz fue, para el futuro escritor, una suerte de castigo. Se lee claramente en la autobiografía que, a pesar de ser una institución con prestigio, o lo que se podría llamar una escuela en la que concurrían individuos que buscaban un mejor camino de vida, para Federico este ingreso solamente cabía en la categoría de exilio. La narrativa que el escritor mexicano hace de esta etapa, además, construye la imagen de un padre ocupado por "salvar" al hijo del vicio y del fornicio, además de ser un militar cuyas decisiones eran incuestionables, porque cabe suponer que la disciplina, así como las jerarquías estrictas, eran asuntos cotidianos y respetados dentro de la familia Gamboa-Iglesias. El padre regresó un año después a la ciudad de México, y falleció en 1883.

Desafortunadamente, no existe información de primera mano sobre el paso de Gamboa por ese internado, pero de acuerdo con el Reglamento del Instituto Baz (editado en México en 1887, por Tipografía de Aguilar e hijos), se impartía enseñanza elemental, primaria, secundaria, mercantil y preparatoria para todas las carreras profesionales. En un artículo titulado

"Un escritor mexicano. Figuras y agasajos", firmado por Pepe Solís en el periódico mexicano *El Nacional* (5 de noviembre de 1893), se lee una fugaz estampa del joven Gamboa: "Me parece ver á Federico Gamboa, con sus ojillos chispeantes, sentado en uno de los pupitres del Colegio de Don Emilio Baz, atisbando al Prefecto para que no lo viera asestar un tremendo bolazo á su primo Salvador Iglesias. Federico, en medio de las travesuras comunes á todo muchacho, era muy dedicado al estudio, y desde niño descubrió tener un bonito talento".

A finales de 1880 y principios de 1881, en la ciudad de Nueva York, Gamboa, con sus dieciséis años encima, fue alumno de número de la Evening High School. El tipo de condiscípulos que lo acompañaban eran hombres inmigrantes, mayores en edad y en experiencia que el joven adolescente nombrado como "Mr. Gámbol" por quien fuera el profesor titular del salón al que se refiere en su autobiografía: Mr. Golday.

La Evening High School era una institución pública, nocturna, que estaba a tres cuadras del hotel español América en que se hospedaba Gamboa (en la calle 14), junto con su padre y su hermana Soledad. Los salones de clase eran alumbrados con una lámpara de gas, con seis mecheros, que daba luz suficiente para que los alumnos leyeran cómodamente. Como era invierno, había dos caloríferos que mantenían la estancia habitable. La vocación de la escuela contemplaba básicamente la enseñanza del inglés. Para ello, según cuenta Gamboa, la clase de gramática "consistía en lectura en voz alta y análisis gramatical junto al pizarrón, donde el mismo Mr. Golday escribía largos y complicados períodos; tres veces á la semana, lectura é interpretación libre de los poetas ingleses y americanos, Longfellow, muy especialmente" (Gamboa, 1893: 25).

Este poeta estadounidense fue popular en su época (e incluso hoy). Su obra se caracterizaba por la fluidez del lenguaje, la simplicidad de su léxico y el tratamiento de temas cotidianos, por lo que resultaba óptimo como libro de texto para quienes buscaban aprender inglés. La inclusión de Longfellow respondía también a que hablaba de acontecimientos importantes dentro de la historia de Estados Unidos.

Federico Gamboa apreciaba los "jueves de debate" que se realizaban en la escuela. Ocho días antes se establecía un asunto o problema (históricos en su mayoría) para discutirlo en clases, con dos alumnos a favor y dos en contra. Gamboa comenta que este método le permitió derribar algunos de sus prejuicios hacia el inglés, lengua a la que tachaba, en primera instancia, de odiosa.

José Emilio Pacheco comenta que si bien aprender inglés y francés constituyó una ventaja para Gamboa, "tuvo quizá consecuencias funestas para su sintaxis, no para su estilo oral" (Pacheco, 1999). El mismo Gamboa dejó testimonios de la ambigua relación que mantuvo con el inglés, especialmente porque lo relacionaba con los estadounidenses, cuyo estilo de política calificaba de expansionista. Las costumbres y las formas de vida de ese país le resultaban extrañas y diferentes a las propias y le merecían dos términos: bárbaro o bruto.

Gamboa acepta en su autobiografía que gracias a los debates en la escuela neoyorquina, la lengua inglesa se le coló por los oídos, instalándose en la memoria. No obstante su calidad de inmigrante, la nostalgia por la tierra propia, la estrechez económica, el choque frente a otra cultura, e incluso el clima que le tocó padecer (invierno en Nueva York), hicieron que el aprendizaje de aquella lengua quedara vinculada para siempre con sentimientos no del todo gratos. Lo aprendió, es cierto, pero como un acto mecánico:

Y el idioma inglés, que me era odioso, se me iba adhiriendo, poco á poco; mostrándome hoy un giro enrevesado, mañana un modismo pintoresco; y me envolvía, se instalaba en mi memoria, en mis oídos y en mi lengua. Sus durezas de bárbaro del norte, sus latrocinios en los demás idiomas del universo —síntesis de la raza, que se apropia cuanto le conviene sin escrúpulos ni remordimientos— se declaraban mis inquilinos y me hacían buena cara; insensiblemente se enseñorearon de mí (Gamboa, 1893: 26).

Si bien Gamboa sería un lector asiduo de autores anglosajones, que no estaban traducidos al español, no intentó traducir él mismo sus propias obras al inglés o al francés. Durante su exilio (1914-1919), aceptará traducir al español libros, artículos y notas periodísticas del inglés, el francés y el italiano para garantizar su subsistencia y la de su familia. En *Mi Diario III*, con fecha 7 de marzo de 1904, a propósito de una lectura recién terminada de los poemas de Walt Whitman (en inglés), escribió la siguiente reflexión:

La prolongada lectura en su idioma, me ha lastimado de cuerpo y de espíritu. Hasta creo en los *íncubos* y *súcubos* medievales; sí, yo no poseo el inglés, es el inglés quien me posee a mí, haciéndome padecer lo indecible con la tal posesión, sofocándome, dislocándome, atenaceándome con sus durezas, brutalidades y latrocinios (¡oh, símbolo de las razas que lo parlan!) El idioma inglés es mi íncubo. Lo que por la trillonésima ocasión me comprueba que la barrera de las lenguas es eternamente infranqueable, y a Dios sean rendidas mil y mil gracias (Gamboa, 1920: 380).

El capítulo en el que Gamboa relata su paso por la escuela nocturna, se explica desde el título: "La conquista de Nueva York". No hay que olvidar que cuando Gamboa escribió su autobiografía ya había estado en Guatemala como representante de México y se encontraba en un muy buen momento, tanto en el ámbito diplomático como en el literario, en Buenos Aires, Argentina. Además, por antecedentes familiares, por influencia del padre (e incluso por lo que pudo haber aprendido en la escuela y los libros de texto de civismo), su nacionalismo tenía ese sabor de la época, en el que no hay nada por encima de la patria. Es decir, hay que leer en este capítulo una postura patriótica-nacionalista, en la cual su calidad de extranjero en tierras estadounidenses no merma su cariño hacia México, al contrario, lo exacerba. Su

calidad de mexicano, dispuesto a defender a la patria, se ejemplifica muy bien con lo sucedido un jueves de debate, en el cual puede, incluso, leerse una forma de diferenciación en la defensa que hace Gamboa frente a los otros compañeros, que él llama "americanos", aunque sean inmigrantes como él.

El debate proponía discutir quién había sido más importante, si Washington o Napoleón. La mayoría de los estudiantes aplaudían a Estados Unidos cuando se hacía mención a Washington. Gamboa, aceptando las cualidades de Washington, escribió: "aplaudía su patriotismo para demostrarles que yo también tenía el mío, y muy agrandado, precisamente porque México, no estaba lejos de mí, sino al contrario, muy cerca, en el fondo de mi alma!" (Gamboa, 1893: 32). Ante el grito de uno de los participantes, pidiendo que se hablara sobre la guerra de México, Gamboa anotó: "Me levanté y pedí la palabra, vibrante de emoción, en medio de americanos, decidido á impedirlo; á muchas leguas de mi patria y á muchos años del 47" (Gamboa, 1893: 33). El profesor lo interrumpió diciendo que no era justo que se hablara sobre este episodio histórico, porque tenían a un mexicano entre ellos. Gamboa remata la anécdota destacando la emoción que sufrió:

Al terminar, le salté al cuello, le abracé [...] y mientras él me acariciaba el pelo, tan conmovido como yo, de pie sobre la cátedra, erguido y anciano, los ochenta americanos prorrumpieron en nuevos aplausos, con los ojos humedecidos, y llenó la estancia un grito poderoso que me hizo un bien inmenso, que me hizo quererlos á todos, que *realizaba una conquista inesperada*: ¡Viva México!! ¡Viva nuestra república hermana!! (Gamboa, 1893: 33).

Gamboa destaca en su autobiografía que el gobierno estadounidense apoyaba a quienes querían instruirse, y él no fue la excepción: como alumno de una institución pública tenía derecho a un abono para evitarse el gasto diario del transporte. Gamboa no lo aceptó, y en la descripción que hace, termina dibujando la figura de un joven al que no resultaba fácil deslumbrar, aunque el gesto viniera desde el mismísimo poder. Durante su exilio en La Habana, Cuba, Gamboa reflexionó una vez más (1º de febrero de 1917), sobre esta relación amor-odio con los estadounidenses, que lo acompañó casi toda su vida:

A pesar de lo que odio a ese país [Estados Unidos], en conjunto, enemigo y verdugo secular del nuestro; a pesar del daño horrible que ha hecho en todos los países débiles en donde ha metido sus garras sin conmiseración y con pretextos de democracias y conveniencias para la América (?), lo necesitamos para nuestro progreso y nuestra cultura; de él ha de venirnos nuestra civilización futura, de su contacto y de su influjo; querámoslo o no, son nuestros superiores y nuestros amos convenencieros (Gamboa, 1995b: 440).

Si me atengo a la información de *Mi Diario VI*, con fecha del 22 de mayo de 1917, Gamboa no había leído a esas fechas el ensayo básico sobre el sentimiento hispanoamericano, *Ariel*, del uruguayo José Enrique Rodó (en México apareció publicado hasta 1908). Quizá cuando Gamboa vivió en Buenos Aires tuvo contacto o supo de la obra, pues dentro del mismo diario se lee: “Tengo que apresurarme a leer su *Ariel* y sus *Motivos de Proteo* —del que me recitaba muchos fragmentos Rafael Martínez Freg— que aún no conozco” (Gamboa, 1995b: 468). El 27 de mayo del mismo año, hay una nota donde se anuncia la compra de *Cinco ensayos, que contienen: Montalvo, Ariel, Bolívar, Rubén Darío, Liberalismo y Jacobinismo*. Y el 31 de mayo: “Acabé de leer los cinco ensayos de José Enrique Rodó. ¡Encantado! Qué abundancia de ideas, qué amplitud de criterio y qué pluma más artista. ¡Bravo, bravísimo!” (Gamboa, 1995b: 471).

A pesar de que Gamboa mantuvo sentimientos ambivalentes hacia la política y la vida social de los estadounidenses, en su autobiografía hizo referencia a que gracias a sus conocimientos del inglés consiguió entrar al periodismo, precisamente con una traducción del inglés al español para *El Diario del Hogar*. Pero no quiero sobredimensionar lo anterior, porque para incorporarse a un periódico en México no era, ni ha sido jamás, requisito indispensable hablar otra lengua, más allá que el español.

Es importante aclarar que Gamboa manejaba con soltura, además del inglés, el francés¹⁰ y el italiano. El manejo de estas lenguas, como se puede leer en *Mi Diario VI*, de fecha 6 de octubre de 1917: “¡Benditos idiomas extranjeros que siempre me han dado de comer!” (Gamboa, 1995b: 499). Esta frase es la mejor muestra de lo que representaron en su formación el manejo de otras lenguas.

Gamboa recuerda (o borda) su estancia en la escuela neoyorquina, alrededor de su adolescente persona, siendo visto como una especie de loro de plumas llamativas, por ser mexicano y joven, que a la hora de fumar en “el *yard* enorme, de techo bajo, débilmente alumbrado” (Gamboa, 1893: 26), tenía que contestar infinidad de preguntas de estos hombres mayores que él, cuyos intereses iban desde las riquezas de México, hasta los conceptos que ya desde entonces inundaban el imaginario de los extranjeros (como la violencia, el lugar sin ley, la corrupción, etc.). Gamboa reconoce que adulteraba los hechos, y que exageraba algunas costumbres o sucesos de la vida social de los habitantes de la ciudad de México, a fin de que esos hombres perdieran el interés por cambiar de residencia y establecerse en México. Sin embargo, comenta Gamboa que muchos de ellos no le creían, porque la mayoría

¹⁰ El francés quizás lo aprendió desde pequeño, dado que su padre trabajó, como miembro del Consejo Militar, con Maximiliano; además, su primo, José Luis Blasio, fue secretario particular del fugaz emperador. En diversas entradas de sus diarios, se hallan referencias de Gamboa sobre la costumbre familiar de asistir al teatro, especialmente a escuchar obras francesas. Gamboa, con casi 24 años, entró al mundo del teatro precisamente con la traducción y adaptación de una opereta francesa que bautizó en español como *La señorita Inocencia (Mamz'elle Nitouche)*, la cual presentada con éxito en el Teatro Nacional de la ciudad de México en septiembre de 1888.

cruzaba la información que les daba el mexicano con los periódicos leídos o las cartas recibidas, cuyos contenidos hablaban de riquezas para todos, de prosperidad y progreso. La inferencia obliga a pensar que para Gamboa sus condiscípulos, aunque compartían la calidad de inmigrantes, no le eran personas gratas, honorables y mucho menos provechosas para México.

La escuela neoyorquina fue para Gamboa un trampolín que le permitió sumergirse de lleno en el mundo nocturno de "La Ciudad de Hierro". El acto de recordar estas aventuras con las mujeres, la piel y el deseo, puede leerse como la justificación a sus acciones y, especialmente, como una oportunidad que Gamboa aprovechó para bordar fino sobre lo que ser joven y ser varón le representaba, según su punto de vista. Mientras estudiaba inglés en la escuela pública por las noches (de siete a diez), siendo el más pequeño de la clase, sus compañeros, a quienes él definirá como "los calaveras" (como una forma de señalar la propensión de estas personas a la fiesta, los excesos y la aventura), le hablarán de la vida. En particular, le abrirán los ojos sobre "los misterios nocturnos de Nueva York, enumerábanme los cafés cantantes y subterráneos, los jardines de cerveza servidos por mujeres, las casas baratas y los sitios infames" (Gamboa, 1893: 28). Si tomamos en cuenta la estrategia discursiva de Gamboa, centrada en la idea de la vinculación escuela-mujeres-vicio, se entiende que se explayara un poco más para hablar de su estancia en la Evening High School. Caso contrario será su paso por la Escuela Nacional Preparatoria.

Dentro de las 376 páginas que conforman la autobiografía de Gamboa, no hay una sola mención de la ENP. Ésta es referida en sus diarios, y las anotaciones estarán vinculadas a partir de alguna reflexión que involucre un nombre conocido en los ámbitos intelectuales o sociales. Tal es el caso de la anotación del 7 de marzo de 1909, cuando Gamboa rememora a José María Vigil como un "hombre sabio y bueno, poeta, dramaturgo, historiador, humanista y crítico de quien fui discípulo de Lógica en la Escuela Nacional Preparatoria el año de 1882, al que tuve la suerte de tratar después, con muy relativa y respetuosa intimidad de mi parte" (Gamboa, 1938: 10). Gamboa también mencionará a Rafael Ángel de la Peña, quien le enseñó el español y a Miguel E. Schulz, maestro de Geografía, aunque el confeso escribió: "en lugar de atender a su interesante curso de geografía, me encaramaba hasta la grada superior para leer a hurtadillas *El judío errante* y la *Historia de veinte siglos* de Eugenio Sue" (Gamboa, 1910: 64). Es en el último de sus diarios que publicará en vida (*Mi Diario V*, 1938), el espacio en el cual Gamboa construirá una de las mayores reflexiones sobre su estancia en la ENP. El pretexto fue la muerte de José María Vigil (18 de febrero de 1909):

Dos conquistas logró don José María (Vigil), a las cuantas clases, en la treintena de alumnos que seríamos sus discípulos aquel año (1882): nuestro respeto y nuestro cariño; sentimientos ambos que se mezclaban a su poco de azoro y entusiasmo —las juventudes gustaron siempre de los excesos, así la mayoría de las veces éstos sean

perniciosos— por culpa de sus antecedentes de liberal y jacobino extremista (Gamboa, 1938: 12).

En *Impresiones y recuerdos* (escrito 16 años antes que *Mi Diario V*), Gamboa había cometido el parricidio por excelencia: “matar” a sus antecesores en cuestiones literarias, especialmente a los “grandes maestros”, a los cuales encontraba empolvados, fallecidos ya fuera por imitación (básicamente por tomar como modelo a los literatos españoles), o por el peso de los años, pero sobre todo por ser parte de una generación con la cual no se entendía, porque no hablaban el mismo español ni buscaban las mismas cosas. Eso sí, Gamboa no los mencionó por sus nombres. En el ejercicio de los diarios, Gamboa fue más mesurado. En estos textos es común encontrar la referencia positiva de sus predecesores en la literatura. Al paso de los años, Gamboa construyó un museo con todos los restos, y en ese panteón había lápidas para Hilarión Frías y Soto, Guillermo Prieto e Ignacio M. Altamirano. En todos los casos, Gamboa menciona que los admiraba por lo que habían alcanzado con sus plumas, pero también por la fama que habían construido mediante su contacto con las mujeres, el amor y la pasión.

A pesar de estas reflexiones sobre sus maestros o antepasados, Gamboa no se adentró en la vida estudiantil, en los ritos, costumbres o dinámicas escolares. Recordará, por ejemplo, brevemente, las tardes que pasó junto a Pablo Bustamante y Gustavo E. Campa. Se reunía con ellos para estudiar, aunque siempre terminaba con Campa al piano y los otros soñando.

En su novela *Apariencias* (1892), habló en voz de su personaje Pedro Lújar acerca de las materias que se impartían en la ENP: “las matemáticas se le impusieron por su gesto severo y su manía de decir las verdades”; de la Física “fue excelente amigo”; la Lógica “le causó una verdadera y profunda revolución ¡cómo que le enseñó a discernir y pensar en regla! (Gamboa, 1965: 60-61).

En México, el positivismo sufrió un proceso de tropicalización, como ya lo señaló Leopoldo Zea (1993). Sin embargo, y a pesar de las adecuaciones o los debates alrededor de esta corriente de pensamiento francesa, el positivismo sirvió igual para intentar organizar al país (y en este juego del caos, el clero y la milicia fueron parte consubstancial), como para establecer un nuevo sistema educativo basado en la experiencia —en la cual teoría y prácticas eran parte de un discurso que englobaba a la ciencia, el individuo, la naturaleza, etc., por encima de las creencias y máximas religiosas católicas—, e incluso para legitimar el periodo de lo que después sería conocido como el porfiriato.

Para Gamboa, según sus recuerdos, el positivismo quedó en un comentario, especialmente sobre la enseñanza que se impartía en la ENP, sin que ello le motivara una reflexión mayor: “Ese año (1882), si mal no recuerdo, se desterró la enseñanza del Positivismo; la ‘Lógica Deductiva

e Inductiva' de Alejandro Bain, filósofo escocés de la escuela experimental, fué substituida por la lógica racionalista del autor belga G. Tiberghien" (Gamboa, 1938: 11-12).

A partir de 1903, cuando Gamboa regresó al catolicismo, atacó desde su propio minarete algunas de las prácticas educativas que le tocaron conocer en carne propia. Especialmente en su novela *Reconquista* (1908), en la que habla de "aquellos catedráticos (que) más que depositarios de la Buena Nueva, simulaban albañiles ignaros, de los que manejan el zapapico y en un santiamén destruyen en cuadrillas los más resistentes edificios y las más veneradas fábricas" (Gamboa, 1965: 930). La argumentación iba en el sentido de que algunos de estos profesores ansiaban destruir todo lo que se había aprendido en el hogar familiar, en particular los rituales y saberes de la doctrina católica que Gamboa recibió, especialmente, pero no de forma exclusiva, por parte de su madre, Lugarda Iglesias, quien fue la encargada de transmitirle dichos preceptos y prácticas.¹¹

Así, estos maestros, en su "ingrata tarea, meramente animal y fisiológica, de acallar, con el producto de su ciencia sin comprobación, sus hambres atrasadas de advenedizos" (Gamboa, 1965: 930), ponían especial énfasis en luchar contra lo que muchas madres mexicanas habrían intentado inculcar en los hijos, especialmente en materia de valores o principios desde la doctrina católica.¹²

Ezequiel A. Chávez, describió de una manera muy similar a la de Gamboa la experiencia de estudiar en la ENP, particularmente al enfrentarse al modelo educativo de la época: "mi vida íntima, mis creencias religiosas, mis ideas fundamentales acerca de cuanto existe y de mis propias obligaciones, todo ello tan hondamente perturbado cuando hice mis primeros estudios de filosofía en la Escuela Nacional Preparatoria" (Chávez, 1968: 79-80). El comentario puede dimensionarse al continuar leyendo las memorias de Chávez y caer en la cuenta de que, el dos veces rector de la Universidad Nacional de México, afirmaba insistentemente en su texto: "toda educación es falsa si no la guía Jesucristo, el Único Verdadero Educador" (Chávez, 1968: 16).

Gamboa evoca un penoso momento (1º de junio de 1898), en el que, ya como profesor de la ENP, se vio obligado, al igual que los otros sinodales, a reprobar a un alumno cuyas respuestas fueron más que disparatadas respecto a la materia de Geografía general y de

¹¹ Si bien el autor hace mención de ello en sus diarios, también se encuentra que las prácticas familiares, con el padre incluido, giraban alrededor del catolicismo. Gamboa, en su autobiografía, armó un discurso en el cual se presentó como un sujeto que, dada su temprana orfandad, su posición de varón y de joven, así como aquello que él definió como su fogoso temperamento latino, le aceptaron el camino para abandonar todos los códigos de comportamiento, tanto desde lo social como lo religioso, que en su periodo de vida se consideraban adecuados, decentes o deseables para un miembro de la clase media.

¹² Los conceptos y valores vertidos desde la Iglesia católica no fueron borrados del mapa mental de los(as) mexicanos(as) por obra de una afirmación anticlerical o positivista, todo parece indicar que, como lo ha estudiado Alain Corbin, "el desvanecimiento de la hegemonía del catolicismo no fue masivo ni lineal durante el siglo XIX [...], la Iglesia [contó] con las mujeres para perpetuar su influencia" (2005: 57).

México. La reflexión iba en dos tenores: por un lado, a Gamboa le hizo mella saber que el estudiante, quien no pudo prepararse para el examen, aún debía Geografía (caso similar al suyo); por el otro, era el aniversario de la muerte del padre, con lo cual, se infiere que Gamboa se vio a sí mismo, pero en este caso, en la ENJ.

El autor cierra la nota al hablar de cómo los estudiantes (compañeros del reprobado) dejaron ir solo al estudiante, como una muestra de respeto: "sin saludos ni alusiones al descalabro, como para endulzárselo. Son una bendición los afectos del colegio" (Gamboa, 1910: 65).

En la Escuela Nacional de Jurisprudencia, de acuerdo con el plan de estudios de 1884, se cursaban dos materias por año, de lunes a sábado, en un promedio de dos horas por clase. Por ejemplo, en el cuarto año se llevaba Derecho Internacional, los martes, jueves y sábados de 8:15 a 10:00 a.m. con Manuel I. Portugal, y Derecho Constitucional los lunes, miércoles y viernes de 8:30 a 9:15 de la mañana con Biviano Beltrán. El plan de estudios tuvo algunas modificaciones en la denominación de las asignaturas a cursar o en la duración del estudio de éstas, pero en lo general se conservó igual hasta 1910, siendo la carrera de seis ciclos, con dos materias por año.

En su autobiografía, Gamboa menciona a la ENJ únicamente para dejar ver que cursaba el cuarto año de la carrera, sin especificar si era en Derecho o Notario. Al revisar el acta expedida en 1882 por la ENP, así como en las listas de asistencia e inscripción relativa a la de la ENJ,¹³ pude comprobar que estaba inscrito como alumno supernumerario en la carrera de Notario, aunque es cierto que al final de la carrera uno podía escoger entre licenciarse en una u otra opción.

Al revisar el "Estado que representa las faltas de asistencia, aplicación y aprovechamiento que han tenido los cursantes de la cátedra expresada (Procedimientos Civiles)" en el periodo de "enero-septiembre del año de 1885", que impartía el licenciado Francisco de P. Segura, encontré que el alumno supernumerario Federico Gamboa no asistió.¹⁴ Dentro de la lista de inscripción de alumnos a los años lectivos, que más que listas eran unas hojas de firmas de los alumnos, aparece la rúbrica de Gamboa para el tercer año (1882). De igual manera, aparece la firma para el cuarto año en 1883 y 1884, lo cual indica que Gamboa tuvo que repetir el año. Si bien aparece la firma del joven Gamboa como inscrito en 1885, en el que habría de cursar su quinto año, por sus memorias y por los documentos que revisé, se concluye que

¹³ ISUE, UNAM, Distrito Federal, México, colección Escuela Nacional Preparatoria y Escuela Nacional de Jurisprudencia.

¹⁴ Julio Guerrero (*La génesis del crimen en México*, 1901), aparece también como alumno supernumerario, y como anotación dicen los archivos que no asistió a Derecho Penal ni a Derecho Patrio, sin embargo, en la cátedra de Procedimientos Civiles, con 27 faltas, en aplicación tuvo una calificación de Muy Buena, así como en aprovechamiento.

ese año Gamboa abandonó la escuela, cuando le faltaban dos años para terminar la carrera de Notario.¹⁵

El año en que Gamboa reprobó el cuarto ciclo, es el mismo en que murió su padre (14 de septiembre de 1883). Todo parece indicar que, al repetirlo, siendo huérfano y teniendo que trabajar, deja la escuela y busca en la calle otras maneras para allegarse unos pesos y aprender otras lecciones que, es probable, no encontró en su paso por la escuela; fue una decisión relativamente fácil de tomar para ese inquieto joven que ya trabajaba por las noches en un periódico y que solía asistir de manera regular al teatro (especialmente tras bastidores), así como a todo tipo de eventos nocturnos en la ciudad de México.

Si bien Gamboa dejó escasas anotaciones relativas a su vida académica, en las pocas que aparecen, es fácil percatarse de la insistencia del autor por presentarse, a través de sus diarios, como un mal alumno, una especie de enunciación en la que la figura de sátrapa y precoz aprendiz de la vida tiene un mayor peso que la de un joven recto, serio y aburrido de los ambientes académicos.¹⁶

Conclusiones

En *Impresiones y recuerdos* se lee que su autor se preparaba con desinterés para sus exámenes, que no tenía persona a quién rendirle cuentas y que su entrada al periodismo habría de cambiarle muchas de sus concepciones de la vida, además de funcionarle como un salvoconducto para atravesar las fronteras del mundo nocturno en la ciudad de México, particularmente en los ambientes del teatro, ya con Porfirio Díaz gravitando sobre la silla con visos a eternizarse, aunque al frente de la primera magistratura el nombre era, momentáneamente, Manuel M. González.

Gamboa, en *El Diario del Hogar*, de fecha domingo 3 de octubre de 1886 (cuando ya había abandonado la escuela definitivamente), en su columna "Desde mi mesa", todavía

¹⁵ De las materias que Gamboa se puede deducir que sí cubrió, aunque no puedo precisar con qué calificaciones —el archivo que contiene los expedientes de calificaciones (y asistencias) solamente contempla los años de 1867, 1871, 1885 y de 1888 a 1893 y en ninguno de estos años Gamboa cursó materias—, están, en el Primer año, Derecho Natural y 1er curso de Derecho Romano; en el Segundo: 2º curso de Derecho Romano y 1er curso de Derecho Patrio; en el Tercero: 2º curso de Derecho Patrio y Derecho Penal. De acuerdo con este plan de estudios, a Gamboa le hubiese faltado cursar, en el Quinto año: Procedimientos civiles y Legislación comparada y en el Sexto año: Procedimientos criminales y Medicina Legal.

¹⁶ Curioso dato es que, en el *Atlas Histórico de la Escuela Nacional Preparatoria* de 1910, Gamboa aparece como alumno distinguido, junto con su hermano José María y personajes como Ezequiel Chávez, Porfirio Parra, Alfonso Reyes y José Yves Limantour. Cabe mencionar que en esas fechas Federico Gamboa ocupaba un alto puesto en la Secretaría de Relaciones Exteriores.

firmada como La Cocardière, y a propósito del mes que corría —por ser éste el periodo de los exámenes—, nuestro joven confeso escribió:

Qué raro es encontrar a alguien que no haya sido estudiante. Los que *destripan* y los que *acaban*; los perdularios y los juicios recuerdan con gusto los años pasados en la escuela, cuna de amistades sinceras, de truhanes y de grandes celebridades. Pero octubre [...] hace temblar al mejor, recordándole los horrores del cuestionario, la inmensidad del curso, la impasibilidad de los sinodales y el juicio de los compañeros. Las urnas, el reloj, la campanilla, todo espeluzna, desmoraliza y espanta. El momento de la deliberación es el mayor tormento del acto. La aprobación es una de las mayores dichas de la vida escolar.

Definitivamente, Gamboa fue de los *destripados* y, creo, de los que más padecieron cada octubre, pues a pesar de ser la escuela un espacio en el cual se podían cultivar buenas amistades (y todo lo que esto conlleva), todo lo positivo se diluía bajo la lluvia ácida de los epítetos como inmensidad, impasibilidad y juicio, especialmente al momento de ser sometido a la evaluación. Puede inferirse que, por lo menos para Gamboa, la opinión de los compañeros podía ser un herraje ardiendo, que la posición de los maestros era distante, fría e inevitable; distinguiéndose éstos por ser siempre los que ostentaban el poder de salvar o condenar. El que Gamboa haya sido, con toda probabilidad, un alumno cuyas calificaciones lo ubicaran como parte de una medianía, no es motivo suficiente para suponer que la asimilación de experiencias o conocimientos en toda su vida estudiantil no hayan tenido un peso específico en su formación como persona.

Federico Gamboa tuvo una familia cuyos integrantes fueron proveedores de modelos de comportamiento, tanto en lo cívico como en lo moral, representantes perfectos de lo que la clase media de la época buscaba o soñaba, especialmente frente a las prácticas y rituales de una burguesía finisecular que veía en Europa el epítome de la modernidad y la civilización. Manuel Gamboa, el padre, aparece a todas luces interesado en facilitarles a sus hijos los medios necesarios para su desenvolvimiento tanto en lo laboral como en lo social. Aunque Lugarda Iglesias es una figura menor en las memorias de Gamboa, no por ello se anula la importancia que tuvo en la formación de sus hijos. Prueba de ello es que José María era abogado, se movía con facilidad en diversos escenarios de la llamada "gente decente", que Virginia y Soledad sabían tocar piano, eran capaces de leer y escribir, hablaban dos idiomas y se casaron con personas de lo que hoy llamaríamos clase media alta; Federico, el menor, iba en la misma dirección que su hermano mayor.

Está claro que el propio Gamboa, como parte de una estrategia narrativa que le permitió construir su discurso autenticador, decidió borrar su paso por la escuela, como señala Pozuelos (2006). Sin embargo, donde pueden encontrarse los resabios de este

trayecto es en la figura de los condiscípulos, también nombrados como compañeros, quienes aparecerán en casi toda su obra memorialista, como parte inherente de su vida cotidiana.

En esta galería aparece Luis G(onzaga) Urbina (con quien se distanciaría gravemente a raíz de la llegada al poder de Venustiano Carranza); como el mencionado Pepe Solís, aparecen también José Rafael Guadalajara, autor de *Amalia, páginas del primer amor* (1891), como compañero de colegio, pero no especifica de cuál (Gamboa, 1996: 147). Los dueños de un ingenio en Córdoba, Veracruz, los hermanos Pardo (Luis, Rafael y Francisco), son mencionados también como compañeros y amigos de la escuela (Gamboa, 1910: 32). Antonio de la Peña y Reyes fue su compañero de exilio y de gran parte de su vida. El mismo Arnulfo Arroyo, autor del atentado contra Porfirio Díaz (16 de septiembre de 1897) y Eduardo Velázquez, quien se supone fue autor del linchamiento en contra de Arroyo al otro día, también aparecen mencionados como amigos de la escuela (Gamboa, 1910: 50). Francisco Fernández del Castillo (el historiador), los sacerdotes jesuitas José Vicente y Carlos Heredia, especialmente el primero, que vivió cerca de su casa y fueron compañeros en el Colegio Baz (Gamboa, 1995b: 126; 200); Alfredo R. Barreiro, Manuel Gordillo Escudero (general); Francisco León de la Barra (quien llegaría a ser por un fugaz momento presidente de México en 1911); Manuel Larrañaga Portugal, Luis G. Ricoy, Juan Zaldívar Flores, amigo de la niñez, juventud y edad madura. De esta lista incompleta, cabe destacar que la red de amigos, condiscípulos y compañeros de Gamboa formaron parte importante del caminar de éste, no sólo como apoyo en momentos penosos o difíciles, sino como la comparsa que armonizó muchos momentos de su vida.¹⁷

En muchos de los sucesos relatados en los diarios de Gamboa, estos condiscípulos figurarán como convidados en cada festejo, en cada escalón ascendido, en los entierros, en las complicidades que se generaban desde la prensa escrita; como las personas que le darán un consejo, lo hospedarán en su tránsito, le darán la mano en caso de necesidad, así como en el exilio. Tanto en Texas como en Cuba, estos amigos de la juventud, infancia y escuela le harán compañía, le ayudarán con empleos, venta de cosas personales para sobrevivir o intercederán por él ante Venustiano Carranza, e incluso frente a otros políticos fuera de México.

A pesar de los muchos o pocos esfuerzos que se hayan hecho durante el porfiriato, es claro que pocos eran los mexicanos que tenían acceso a la educación,¹⁸ y mucho menos

¹⁷ Aunque también están las menciones de los condiscípulos que, por ejemplo, frente a la solicitud de ayuda de Gamboa (marzo de 1913), para la repatriación del cadáver del cónsul en España, Rafael Alcalde (sobrino de Gamboa), decidieron ignorar aquel viejo compañerismo en la ENU (Gamboa, 1995b: 78-79).

¹⁸ Hacia 1895, por ejemplo, de 476,413 habitantes en la ciudad de México, únicamente había 3,048 personas con alguna profesión de las llamadas liberales: abogado, médico, profesor o ingeniero. En áreas como lectura y escritura, los porcentajes nacionales dan cifras bajas respecto de la gente que no leía ni escribía: (1895) 64.08 por ciento / (1900) 53.54 por ciento / (1910) 49.72 por ciento. En la ciudad de México, los porcentajes iban en el tenor del 40 por ciento.

los que alcanzaban a concluir sus estudios. Sin embargo, la gran mayoría de estos compañeros de estudios de Gamboa, ya sea con carrera terminada o trunca, ocuparon muchos de los puestos (altos y medianos) dentro del entramado burocrático del porfiriato, situación que ayudó en muchos aspectos al escritor mexicano para sortear los avatares de la vida. Habría que tomar en cuenta lo que alguna vez señaló Mílada Bazant: "la Escuela Nacional Preparatoria [...] preparó generaciones de mexicanos poseedores de saber y del haber, pero incapaces de encontrar más empleo que el de maestro o burócrata" (Bazant, 2006: 270), que para el caso de Gamboa y sus condiscípulos fue una verdad rotunda.

El que Federico Gamboa escogiera la calle como el lugar en el cual se formó como individuo, teniendo como mentores al periodismo y sus amoríos con las mujeres (y como fin último la literatura), no invalida el peso que tuvieron otros espacios y otros actores en su configuración como persona. Las decisiones de Gamboa, al seleccionar o desechar los sucesos que habría de compartir con los lectores, pueden entenderse mejor al reconstruir estas ausencias, pues lo que se busca es comprender los propósitos que subyacen en toda narrativa autobiográfica, así como de conocer la articulación de dichos sucesos, en tanto experiencias y no hechos.

Dentro de la articulación de los sucesos, Gamboa insistió reiteradamente que mucho de su actuar, especialmente en el terreno de lo prohibido o de la transgresión a las normas y expectativas sociales de la época, se debió a ese concepto acuoso denominado juventud, el cual el autor estiró a voluntad y conveniencia, así como a su calidad de huérfano, y su proclividad (derivados de su raza y género) por las mujeres, especialmente por las que fungían como la manzana-serpiente con faldas, dueñas del secreto del placer y constantemente señaladas como el origen de todos los males y proveedoras de todas las taras y desviaciones.

La construcción del discurso autenticador de Gamboa encuentra su base en estas tres variables (juventud, orfandad, precocidad amorosa); asimismo, delimita las experiencias y el tránsito de etapas de vida a los terrenos de la calle, el periodismo, el teatro y los colchones de las daifas, para llegar al punto más alto de la montaña en las figuras del hombre de letras y diplomático, todo ello acompasado por una serie de omisiones que parecen veniales, pero que al conjuntar mayor información sobre el confeso, o cruzar la narrativa del autor con otras fuentes de información (periódicos de la época, diarios o memorias de otros), dichas ausencias se develan como parte importante del proceso de formación de un individuo, aunque para los fines del confeso hayan estorbado en algún momento.

Se infiere que los trazos sueltos (infancia, entorno familiar y escuela) fueron el mejor laboratorio del olvido para Gamboa, pues quizás lo que este escritor mexicano buscó fue

En 1900 había 75,904 alumnos, desde primaria hasta profesional, en un universo de 541,516 habitantes en la ciudad de México. Los datos fueron obtenidos del trabajo de González Navarro para la Secretaría de Economía en 1956.

reinventarse, en un principio, el presente que habitaba, ya como miembro de la diplomacia mexicana, pero sobre todo, para poder destacar su calidad de escritor en ciernes, ya que su pasado (por lo menos el narrado y compartido con los lectores), lo “autorizaba” para compartir las experiencias, las caídas, los aprendizajes y las prácticas vividas y sentidas en carne propia. Para Gamboa, su vida estaba destinada a ocupar el escaño de hombre de letras, y si era con honores, mejor. Para ello, el autor de *Santa* (1903), aprovechó y adaptó su pasado, justificó las acciones, omitió las que no tenían cabida en el relato y blindó sus decisiones, siempre con la mira de decirle a los otros (y a sí mismo), éste fui, pero ahora *éste soy*.

Fuentes

- Archivo Histórico del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México (Escuela Nacional Preparatoria y Escuela Nacional de Jurisprudencia).
- Bazant, Milada (2006), *Historia de la educación durante el porfiriato*, El Colegio de México, México.
- Braunstein, Néstor A. (2010), *Memoria y espanto o el recuerdo de infancia*, Siglo XXI, México.
- Chávez, Ezequiel A. (1968), *¿De dónde venimos y a dónde vamos?*, 2 vols., Asociación Civil “Ezequiel A. Chávez”, México.
- Corbin, Alain, Georges Vigarello y Jean Jacques Courtine (2005), *Historia del cuerpo*, Taurus, Madrid.
- Gamboa, Federico (1996), *Mi Diario VII (1920–1939)*, *Mucho de mi vida y algo de la de otros*, Conaculta, México.
- ____ (1995a), Introd. de José Emilio Pacheco. *Mi Diario I (1892–1896)*, *Mucho de mi vida y algo de la de otros*, Conaculta, México.
- ____ (1995b) *Mi Diario VI (1912–1919)*, *Mucho de mi vida y algo de la de otros*, Conaculta, México.
- ____ (1994), *Impresiones y recuerdos*. Nota prel. de José Emilio Pacheco. Conaculta, México.
- ____ (1965), *Novelas*. Pról. de Francisco Monterde. FCE, México.
- ____ (1938), *Mi Diario V. Mucho de mi vida y algo de la de otros*, 2ª serie II, Botas, México.
- ____ (1920), *Mi Diario*, primera serie III. Eusebio Gómez de la Puente, México.
- ____ (1910), *Mi Diario*, primera serie II. Eusebio Gómez de la Puente, México.
- ____ (1908) *Mi Diario*, primera serie I. Imprenta de la Gaceta de Guadalajara, Guadalajara.
- ____ (1893), *Impresiones y recuerdos*, Arnoldo Moen editor, Buenos Aires.
- ____ (1886) (seudónimo La Cocardiére), “Desde mi mesa”, *El Diario del Hogar*, 3 de octubre, México.
- Gusdorf, Georges (1991), “Condiciones y límites de la autobiografía”, en Ángel G. Loureiro (coord.), *La autobiografía y sus problemas teóricos: estudios e investigación documental*, Anthropos, Barcelona (Suplementos Anthropos, 29).
- Larrosa, Jorge (2003), *La experiencia de la lectura. Estudios sobre la literatura y formación*, México, FCE.
- Lejeune, Philippe (1991), “El pacto autobiográfico”, en Ángel G. Loureiro (coord.), *La autobiografía y sus problemas teóricos: estudios e investigación documental*, Anthropos, Barcelona (Suplementos Anthropos, 29).
- Molloy, Sylvia (2001), *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, El Colegio de México/FCE, México.
- Pacheco, José Emilio (1999), “Mi Diario (1892–1939), Federico Gamboa y el desfile salvaje”, *Letras Libres*, núm. 2. (febrero).

- Pozuelos Yvancos, José María (2006), *De la autobiografía. Teorías y estilos*, Crítica, Barcelona.
- Quintanilla, Susana (1991), "La formación de los intelectuales del Ateneo", *Historias*, núm. 26 (México).
- Quirarte, Vicente (2011), "Homenaje por el 70 aniversario luctuoso de Federico Gamboa", en Academia Mexicana de la Lengua, *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, t. XXXV (memorias correspondientes al año 2009), México.
- Secretaría de Economía (1956), *Estadísticas sociales del porfiriato (1877-1910)*, Talleres Gráficos de la Nación, México.
- Solís, Pepe (1893), "Un escritor mexicano. Figuras y agasajos", *El Nacional*, 5 de noviembre.
- Woolf, Virginia (2003), *Orlando*, Alianza, Madrid.
- Zea, Leopoldo (1993), *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, FCE, México.

JULIÁN VÁZQUEZ ROBLES. Investigador posdoctoral en el Instituto de Filosofía, Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CCHS) del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), en Madrid, España. Doctor en Ciencias con especialidad en Investigaciones Educativas por el Departamento de Investigaciones Educativas del Centro de Investigación y de Estudios Avanzados (Cinvestav) (2014). Maestro en Historia de México (2003). Autor de "Lectura digital", en Adolfo Solís (coord.), *La educación y las organizaciones en la sociedad del conocimiento*, Universidad Autónoma de Chiapas (Unach), Programa Integral de Fortalecimiento Institucional, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

Recibido: 11 de septiembre de 2013.

Aceptado: 21 de enero de 2014.